



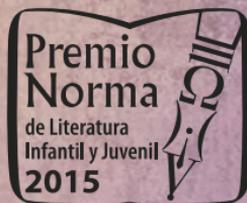
Ilustraciones de María Fernanda Mantilla

Por culpa de una S

Cristina Rebull



Norma



Por culpa de una S

Por culpa de una S

Cristina Rebull

Ilustraciones: María Fernanda Mantilla

 **Norma**

www.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Guatemala,

Lima, México, Quito, San Juan

Santiago de Chile.

Rebull, Cristina

Por culpa de una S / Cristina Rebull ; ilustradora María Fernanda Mantilla. -- Bogotá : Carvajal Soluciones Educativas, 2015.

152 páginas : dibujos ; 20 cm. -- (Colección torre de papel. Torre azul)

ISBN 978-958-776-494-9

1. Novela infantil cubana 2. Pobreza - Novela infantil
3. Familia - Novela infantil 4. Tolerancia - Novela infantil
I. Mantilla, María Fernanda, ilustradora II. Tít. III. Serie.
I863.6 cd 21 ed.

A1476276

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

D.R. © Cristina Rebull, 2015

D.R. © Carvajal Soluciones Educativas S. A. S., 2015,
Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México,
Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

- * El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal,
S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

Edición: Jael Stella Gómez Pinilla

Ilustraciones: María Fernanda Mantilla

Diagramación: Nohora E. Betancourt Vargas

Segunda reimpresión México, junio 2017

ISBN: 978-607-13-0480-3

*Para Iliana Prieto,
mi amiga de más allá del tiempo.*

Contenido

Capítulo anterior al capítulo primero que también puede leerse como capítulo final	13
Capítulo primero La olimpiada gemela que se convirtió en guerra	23
Capítulo segundo La primera vez en mi vida de gemelo que no quise ser igual a mi hermano	39

Capítulo tercero	
Papá pierde la llave y descubro el amor insólito de la abuela y Constante	51
Capítulo cuarto	
Con un pie en el psiquiatra y la lista en una mano	67
Capítulo quinto	
Aparece un amor irresponsable y se despeja la incógnita del olor a guayaba	85
Capítulo sexto	
La abuela le hace muecas a la visita y veo un fantasma por primera vez	105
Capítulo séptimo	
Le cuento a la abuela lo del fantasma y me arrepiento	121
Capítulo octavo	
El fantasma de la tía abuela recibe una visita y casi se vende la Pequeña Gemela	127

Capítulo noveno	
Me convierto en testigo junto a Constante y la señora Adela	137
Capítulo final	
Rosario y Aurora llegaron a la vida	145



Capítulo anterior al capítulo
primero que también puede
leerse como capítulo final

Estábamos en el hospital materno.

—¡No creo que resulte, se me está cayendo el bigote! —le dije a Manuel en un temblor.

—Abróchate bien la bata de médico. Que no se te vea la camisa. Colócate el reloj —Manuel no terminaba una orden para empezar otra.

—¡Pero este reloj es de papá! —hice lo posible por detenerlo.

—Que el reloj sea de papá es lo que menos importa. ¿Quieres o no quieres hacerlo? —cuando mi hermano está decidido, habla con una firmeza que asusta.

—Quiero... —le dije tratando de ponerme a su altura. Me paso la vida en eso.

—Entonces, manos a la obra.

Salimos de la habitación fría y, sin poder evitarlo, lo detuve.

Manuel me miró.

—¿Qué sucede...?

—¿Qué pasará cuando nos vean caminando por el hospital, vestidos de médicos? Nadie nos creerá doctores... —pregunté con la esperanza de que se arrepintiera de todo lo planeado y con la seguridad de que era imposible.

—Correremos hasta llegar a la oficina de inscripciones primero que ellos— me respondió saliendo al pasillo con uno de los cochecuna.

Detrás, yo con el otro.

Logramos alcanzar el tercer piso sin que nadie nos viera. Las hermanitas estaban dormidas.

Había mucho silencio.

—¿Y ahora? —pregunté.

—En la próxima puerta doblamos a la izquierda y luego a la derecha.

—¿Estás loco? ¡Ahí están los ascensores! Hay entrada y salida de enfermeras. Nos van a descubrir en menos de lo que dura un bostezo —dije apurando el paso.

Si en momentos como ese mi corazón hiciera menos ruido, quizás todo sería más fácil.

—No hay otra solución. La mejor puerta está cerrada con llave y en la del fondo está sentado un policía de la seguridad del hospital —dijo Manuel y dobló a la izquierda.

—No resultará... —murmuré y me hubiera masticado la lengua en ese instante.

Mi hermano se detuvo y esperó. Estaba de espaldas.

—Sí resultará... —dije con vergüenza y le miré a los ojos—. Discúlpame.

Manuel me arregló un poco el bigote antes de mirar a las niñas.

—Son lindas, ¿verdad? Merecen mejores nombres que los que han pensado nuestros padres.

—Es cierto... ¿Seguimos? —pregunté, orgulloso de la belleza de las bebitas.

Doblamos a la derecha.

Al final del pasillo blanco estaban los cuatro ascensores. Nuestras hermanitas nuevas seguían dormidas.

Continuaba el silencio.

A cada paso nos acercábamos más a las cuatro bocas metálicas.

Sólo unos metros.

Dos pasos.

Uno.

16

Y las cuatro puertas se abrieron a un tiempo.

Unas cuarenta personas se lanzaron sobre nosotros, despertando a las hermanitas.

—¡Apúrate, Fanuel, las niñas lloran!
—me gritó Manuel.

—No me dejan pasar... Ta ra rá rarará, ta ra rá rará... —no sé cantar nanas, pero hice todo lo posible porque las hermanitas se callaran.

Casi salimos de la multitud cuando:

—¡Manuel! ¡Fanuel! ¡A dónde van?

—¡La tía y el tío! —gritamos mi hermano y yo y echamos a correr como dos rayos.

Allá, a lo lejos, se escuchó: “¡A ellos, a ellos! ¡Dos niñas están en extremo peligro!”.

“¿En extremo peligro?”, pensé yo. “Después de todo somos sus legítimos hermanos, qué daño podemos hacerles... Creo que exageran...”.

Manuel y yo alcanzamos el segundo piso.

Ya no había silencio.

Ahora, los médicos, las enfermeras, los policías de seguridad y los tíos venían pisando nuestros talones. Mientras, las hermanitas iban volando en los cochecuna y nosotros, detrás.

—No lloren, princesitas, es por el bien de ustedes —les decía y Manuel me empujaba para que doblara a la izquierda.



Sonó la alarma del hospital y dos enfermeras intentaron interceptarnos. No pudieron. Tenían miedo de que las niñas se hicieran daño.

“¡Regresen a las criaturas, por favor! ¡Están poniendo en peligro sus vidas!”, se escuchó por los altavoces.

18

—¡Corre, ya estamos llegando! —gritaba Manuel.

“¡Manuel, Fanuel, les suplico que piensen lo que hacen!”.

Ahora era la voz de mamá la que salía por los altavoces... Pobrecita...

Llegamos a la oficina de inscripciones del hospital materno.

—¡Abran esa puerta! ¡Rápido! —dijo mi hermano y una señora mayor nos recibió con sorpresa.

—Cierre ya, por favor. Todos nos persiguen —le pidió Manuel.

La mujer cerró la puerta dejándose caer en una silla metálica. Las niñas no hacían otra cosa que llorar.

—Pero ¿qué significa esto? —pudo, al fin, hablar la señora vestida de blanco mientras se incorporaba con las dos hermanitas en sus brazos, quienes, por suerte, inmediatamente hicieron silencio.

—¿Es usted la encargada de inscribir a los bebés? —Manuel fue al grano.

—Exacto —respondió casi en un suspiro.

—Queremos inscribirlas antes de que todos lleguen —dijimos los dos a la vez.

—Pero ustedes no son los padres, mis bellas criaturas —contestó tiernamente la señora.

—¡Pero somos sus hermanos y no queremos que crezcan sin saber quiénes son! Sabemos que las inscribirán como Nora y Dora y pasarán muchos años antes de que puedan distinguir la diferencia entre la N y la D. ¿Comprende? —Manuel defendía a las hermanitas con un sentimiento que me estrujaba la garganta como si fuera un cartucho—. La historia es demasiado larga para contársela ahora, pero le aseguramos que no puede repetirse el conflicto del ganchito de la S. Deben aprender, desde pequeñas, a ser distintas aunque sean hermanas gemelas.

Creo que me equivoqué...

Lo primero que necesito dejar claro es que somos una absurda familia de gemelos.

Mamá y la tía Dalia son gemelas.

Papá y el tío Aloy son gemelos.

La abuela Amelia y la tía abuela Amalia, gemelas.

Las tatarabuelas Eslinda y Erlinda tan gemelas como sus esposos.

Mi hermano y yo, gemelos.

Es como para no creer, pero en nuestra familia el único que no tiene un doble caminando por el mundo es Constante, el perro de la tía abuela.

Me equivoqué otra vez, es muy difícil empezar esta historia.

Para comprender lo que sucedió tendría que contarles que, hace un año, la tía abuela Amalia hizo como de costumbre la masa deliciosa y suave de los pasteles de chocolate y la abuela Amelia, con mucha paciencia, las adornó con su manga de merengue. O que... cuando sólo faltaban unas horas para la llegada de los primeros invitados, la tía abuela Amalia detectó que el ganchito de la S de FELICIDADES del pastel de mi hermano era más largo y delgado que el ganchito de la S de la mía... O mejor, que de los gemelos que conozco, la tía abuela Amalia es la que defiende con más pasión eso de ser iguales... O quizás que....

Creo que mi historia será un fracaso.

Todo me viene de pronto a la cabeza y no sé por dónde agarrar el cabo preciso.

Debo empezar diciendo que el suceso de las abuelas, y el principio de los principios, fue a causa del ganchito de la S, y

que esto sucedió en la fiesta de cumpleaños de...

Mejor así:

La historia empezó el verano pasado, cuando mi hermano Manuel y yo cumplimos, con unos minutos de diferencia, los diez años.